



REDACCION Y ADMINISTRACION:
O'Reilly 54, entre Habana y Compostela.

SEMANARIO SATÍRICO.

DIBUJANTE CARICATURISTA
Victor P. de Landaluz (D. Junípero.)

Año II. PRECIOS DE SUSCRICION EN LA HABANA
Un mes.....\$ 1,, Un año.....\$ 10,,
Seis meses.....\$ 5-25 Núm. suelto....., 25

Habana, Setiembre 17 de 1871

PRECIOS DE SUSCRICION EN EL INTERIOR. Núm. 46
Tres meses.....\$ 3-75 Un año.....\$ 12-75
Seis meses.....\$ 7,, Núm. suelto....., 30

SUMARIO.

Texto.—Menestra semanal, por Juan Palomo.—Armonías políticas, por Juan Perez.—Un hombre regordete, por Juan de Austria.—Cuentos de manigua: Las dos barajas (continuación), por Juan Sin-Tierra.—Improvisación (poesía), por Saturnino Martínez.—Epístola de Nueva York á Juan Palomo, por John Bull.—Boceto á la pluma de Antonio Hurtado, por Julio Nombela.—Estravagancias humanas, por A. L. A.—Sartenazos.

Caricaturas, por Don Junípero.—Fiestas de Matanzas, por Cisneros.

MENESTRA SEMANAL.

La vida del filibusterismo se ha reconcentrado en Cayo Hueso, donde aquellos *ciudadanos*, en caricatura, se agitan, bullen y rebullen, ladran y apedrean; mientras la emigración de Nueva-York desfallece, aletargada por los vapores del vino, que ocupan constantemente la cabeza principal de la Agencia, y se va consumiendo, derritiendo, deshaciendo, descosiendo, y todos los acabados en *endo*.

La República heredó á la difunta *Revolucion*, y se ha muerto tambien; sin duda por no alterar la union, con tanto trabajo realizada por los últimos *comisionados* de Cubita libre.

Los dos periódicos se han dicho, unámonos... en el sepulcro, y para que no se echase jamás de ver entre ellos la menor divergencia de opiniones, han fallecido debiéndole un pico al impresor.

Siempre dije yo, hombre impresionable como soy, que las impresiones que producian los periódicos mambises eran duraderas y no se pagaban con nada.

La República ha desaparecido de la escena por una insignificante diferencia de apreciación entre sus redactores. No lograron ponerse de acuerdo sobre el lugar donde debían guardarse los fondos; y mientras se discutía este punto, dicen que el impresor lloraba á lágrima viva, pensando que el mejor sitio para colocar los fondos eran sus bolsillos... si por casualidad hubiesen existido fondos.

A la emigración no le queda ya más órgano que *El Republicano*, ni más hombre (ribeteado de mujer) que Reyes, ni más espada que la de Tinker el dentista, ni más apoyo que el de *La Infantil*, asociación de ciudadanos acabaditos de salir del taller; como que el mayor tiene tres meses y medio.

Por eso digo que la vida del filibusterismo está hoy reconcentrada en Cayo-Hueso, que es como si dijéramos, el corral de la casa.

Toda esa agitación que se nota entre las víctimas de la ferocidad española, la promueve Tinker; y como está dirigida por un hombre de dientes, acabará á bocados.

Pero no es todo amor á Cubita libre lo que mueve la mano del dentista: otras mias son las que lo impulsan á hacer causa comun con los despalilladores.

Un tal Somellanos, patriota de pelo en pecho y

de hambre en barriga, vá á ser nombrado primer teniente de la compañía que han formado los *cuberos* para el regimiento número 17 de milicias de la Florida. A ese Somellanos, hombre de mucho valimiento, que tiene una ración de hambre y otra de necesidad, le ha ofrecido Tinker el nombramiento de Síndico si consigue llevar á que voten en las futuras elecciones en favor del gobierno de la Union, cien cubanos, prometiéndole tambien que por cada voto le dará un rifle para la insurrección.

¿Y quién dá las manos para que manejen esos rifles?

Los periódicos de Europa decían hace poco que un dentista había descubierto la manera de fabricar narices; ¡si Tinker lograra hacer manos...! Pero creo que el dentista de Cayo-Hueso se ha dedicado tambien á confeccionar narices, para oler... dónde guisan.

Que el desacato cometido por la chusma de Cayo-Hueso merece un correctivo, está fuera de duda. Que las autoridades americanas mirarán con indiferencia que haya sido apedreado el Consulado español, por sabido se calla: busquemos, pues, el medio de dar una lección á los apedreadores.

Si yo tuviera alguna autoridad, fijaría en todas las poblaciones de la isla el siguiente edicto:

“Todos los vecinos que tengan zapatillas, chinelas ó babuchas viejas, las presentarán en tal ó cual sitio. Se advierte que cuanto más deterioradas estén, tanto mejor.”

Y con una gruesa partida de este nuevo *materias de guerra*, me dirigiría á Cayo-Hueso y allí empezaría á repartir zapatillazos á derecha é izquierda, hasta reducir al silencio á aquella gente, y dejarles el cuerpo como un conclave: por los *cardenales*, digo.

Porque los secuaces de Tinker y Reyes, son enemigos que no valen la pólvora que se había de gastar andando á tiros, y para pegarles es preciso emplear una cosa súa como la suela de un zapato viejo.

¿Aceptan ustedes mi plan?

Yo tengo ya preparadas mis pantuflas para que encabecen la suscripción.

¡Bájese V., Manolito! le gritaban á Manolito Gazquez.

¡Váyase V., Don Manolo! le han dicho al compadre Quesada.

¡Desventurado perincito! se ha vuelto á eclipsar su estrella! y eso que en Caracas la había retocado, pintándola de color de chocolate, y la expedición de los burros y de su hermano Rafael le había dado esplendor y magnificencia.

Los prohombres de la emigración se reunieron una mañana temprano, se sentaron en el suelo, para mayor solemnidad, pasaron de mano en mano y de boca en boca el porron del aguardiente, para

dar más colorido laborante al asunto, y después de pedir la palabra, para tenerlo que les hacia más falta, hablaron de esta manera:

—Yo estoy por la union, dijo Aldama, pero no doy un centavo si no se marcha el señor; y cerrando tres dedos de la mano derecha dejó estendido el índice hacia Quesada y el pulgar hacia don Panchito Aguilera: de modo que no pudo aclararse si señalaba al uno ó al otro ó á los dos á un tiempo.

—V., señor Manolo, es pariente mio, aunque sea mala comparación, dijo Ramon Céspedes; pero entre *paréntesis*, le diré que sobran V. y su hermano. (Aquí se oyó un gemido de borrico; se supone que fué uno de los sacrificados por la gazuza de Rafaelito.)

El ciudadano Embil se puso de pié y soltó un rugido. ¡Qué campechano es D. Miguel!

—Ciudadanos, dijo, yo soy aquel que echaba de su casa al panadero por ser español; pero á pesar de eso, no me gustan las *sinvelguenserías*. ¡Cuidado conmigo, porque soy capaz de hacer una barbaridad ó dos! Esto sentado, empezaré por declarar que he sido y seré siempre amigo de Quesada; pero me revienta ese hombre, y voy á darle un consejo de amigo: señor Manolo, después de los servicios que V. ha prestado, lo más decente que puede V. hacer es darse un tiro.

—De mulas? preguntó el perincito.

—Un tiro de fusil en toda regla, ó irse á Cuba á pelear como soldado raso.

—Pues vuelvo, dijo el generalísimo.

Y de un salto se ha puesto en Nassau.

El ciudadano Embil, para hacer barbaridades, es el único, y para dar buenos consejos tambien.

No es Quesada la única víctima de los manejos aldamistas.

Los patriotas Mayorga, Ruz y otros van á ser expulsados del gremio filibustero por sospechas de que están sirviendo á las autoridades españolas.

Y ahora digo yo, como cierto amigo mio en un excelente epigrama:

¿Pero sirviendo, de qué?

A caza de grandes noticias para saciar la curiosidad del público, solo encuentro una de *sensación*, como ahora se dice.

Una noticia que prueba que no se han acabado aun los grandes géneos.

Una noticia que eleva al partido carlista, cuarenta codos sobre el nivel del mar.

Pausa... silencio... tres compases de espera y allá vá la cosa.

Los carlistas han decidido cambiar el uniforme, adoptando la blusa azul, para su futura correría.

Feliz inspiración! sobre todo para los fabricantes de percalina de ese color.

JUAN PALOMO.

ARMONIAS POLITICAS.

En política, acostumbran á decir los peritos en la materia, no hay dos días iguales.

Y este dicho, que repiten los tontos con un airecillo de importancia que los evidencia, no pasa de ser una estúpida calumnia á la naturaleza, que en medio de tantas revueltas y tantos gatuperios como traemos los mortales entre mano, navega impasible

“por el piélago inmenso del vacío.”

¡El vacío! Hé aquí la gran palabra, el *quid* de más de cuatro incomprensibles mistificaciones.

Si yo estuviera seguro del buen estómago de mis lectores para digerir discursos, aprovechaba esta ocasión para espetarles uno probando la influencia del vacío en los bolsillos de la humanidad, determinando su insolvencia, sobre las pasadas, presentes y futuras combinaciones políticas que tienen por base la *adquisibilidad* práctica en todos los actos de la vida.

Pero mejor es dejarlo, ¿no les parece á ustedes? Semejante trozo de erudición sería tan indigesto como inconveniente en esta época de calores.

Pues, como iba diciendo: está probado que en política todos los días son iguales, excepto los de eclipse total del astro rey. Lo que sucede es que no hay hombre político medianamente acreditado, cuya consecuencia haya sido elevada por el vulgo creyente á la categoría de histórica, que piense dos días seguidos del mismo modo; y luego le echa la culpa á la naturaleza de sus perpétuos equilibrios, que nos tiene á todos los profanos en un estado de excitación tal, que no nos llega la camisa al cuerpo; sobre todo, cuando no hay camisa.

Miremos el pasado.

No á los siglos pasados, sino al presente, y en su segunda mitad; es un dato el que busco fresquito, como los huevos caseros.

Piensa Rusia que la adquisición por medios honestos de Constantinopla le vendría de molde para enseñorearse del Mar Negro y sembrar en aquella tierra infiel unos miles de cosacos que le prometieran una buena cosecha de rusas; pero hé aquí que se sublevar los escrúpulos ingleses, franceses, sardos y turcos, y ante esta cuádruple escrupulosidad, cede Rusia en sus pretensiones, diciendo con nuestro Calderón: *Mañana será otro día*.

Así como en la vida individual los días son soplos, porque en todos ellos se come y á cada treinta hay que pagar al casero, en la vida de los pueblos son años, porque se vive á lo grande, todo se administra en altas dosis, al por mayor, como si dijéramos.

Pasan años, no muchos, pero algunos pasan, hasta que Napoleón, notando el mal ejemplo que daba el mundo hecho una balsa de aceite, se propuso alborotar el cotarro; la toma con Austria, á la que no puede perdonarle la pasada neutralidad, y toma también de paso y con la mejor intención á Niza y Saboya, con las que le echa un remiendo nuevo á su imperio, que ya empezaba á envejecer. La rubia Albion, en tanto, animada por ese favor humanitario que hasta los indios le reconocen, se dedicaba á la exportación en grande escala de fusiles y cañones destinados á asegurar la universal armonía.

Estas civilizadoras empresas se llevaron á cabo tan felizmente, que sólo la mala intención podría echar sobre tantas toneladas de gloria la sombra que en los campos de batalla, plantados de laureles, proyectaron los elevados montones de hombres que dieron en el mundo la postrera zapateta. Los hechos verdaderamente útiles y edificantes necesitan narrarse prescindiendo de insignificantes detalles que puedan perjudicar el efecto.

Si ustedes creen que me voy á engolfar en reflexiones filosóficas sobre las guerras de Prusia con Dinamarca y Austria, y de Francia con Méjico, ya están frescos. Hoy estoy de prisa, y lo más que puedo hacer en obsequio de todo, es dejarlo para luego; para luego dejó también el emperador de Francia la destrucción del poder prusiano elevado en Sadowa á la quinta potencia, y si no salió con su intento, á lo menos logró salir de Francia, con lo cual demostró que nunca podrá faltarles á los espíritus fuertes y bravucones una buena salida que los saque del paso.

¡Lo que son las cosas! Francia, que sirvió de todo, hasta de alcayata para asegurar en la frontera de los Estados Pontificios el poder temporal del pontificado; que no obstante su título de cristianísi-

ma, no tuvo jamás empacho en ayudar á los moros; que protegió á Víctor Manuel é hizo feliz á Maximiliano: que se ingería de continuo y por costumbre tradicional en los asuntos de España; Francia, repito, cuyos auxilios se cotizaban siempre á buen precio en los mercados diplomáticos del mundo, se vió sólo el día en que creyendo llegada la hora de darle á Prusia un buen mareo, lo recibió de ella, y de tal calibre, que no le quedó hueso sano.

Francia abandonada, calumniada, desoida, hecha trizas por corresponsales de periódicos y presidentes de clubs!

Ande usted, crie cuervos para que luego....

Napoleón III trocó los frenos lastimosamente al querer, como legítimo Bonaparte, perpetuar las hazañas de su familia; en vez del sobrino de su tío, fué el *primo* de todo su pueblo.

Y ahí lo tienen ustedes en Londres, mirándose por dentro para poder escribir sus *Recuerdos internos*; ahí está reposando de la jornada y haciendo pujos por colocar la cebada al rabo del asno muerto.

Pero si grandes cosas han pasado, si maravillosos y estupendos son los acontecimientos ocurridos en estos últimos años, ó días, como hemos convenido en llamarles, aún tienen que ser infinitamente mayores los que están por venir, y que habremos de ver, si éstos no nos morimos de susto.

Nadie está contento con lo que tiene, y cuenta que lo que hoy se tiene debe ser superior, porque ha costado bastante caro; los unos porque *pagan*, y esto les cria mala sangre; los otros porque calculan que los que hoy *pagan*, mañana podrán ser de los que *pagan*.

Se forjan cálculos.

Se hacen deducciones.

Se prevén consecuencias.

Y se ordena la fabricación de unas cuantas gruesas de cañones Krupp, de grueso calibre, que todo ha de ser gordo cuando se vé venir la gorda.

Prusia desconfía de Rusia y trata de ganarse el afecto del Austria; los emperadores se dan citas en Gastein para preguntarse recíprocamente por su salud y la de la señora y los niños. Sobreviene un almuerzo, y Víctor Manuel trata de agregarse á los autos, porque dice que Mr. Thiers y su catolicismo se le han sentado en la boca del estómago, y espera hacerse con los efectos de la triple alianza una cataplasma eficaz.

—Hombre, le dice Guillermo, como inspirado por una idea sublime, si pudiéramos meter á España en la colada nos vendría de perlas. Usted nos puede servir de mucho para conseguirlo. Los españoles son muy buenos chicos; hacen mucho y piden poco, de modo que dándoles menos todavía de lo que piden, es un negocio redondo.

—No se haga V. M. I. ilusiones engañosas, livianas como el placer; los españoles de tres años á esta parte han abierto cada ojo como un plato; saben mucho. Con decir que han hecho presidente del Consejo á un abogado y gobernador de Madrid á un médico....

—Tiene usted razón: si hemos de andar con abogados mejor será dejarlo, porque es seguro que perderemos el pleito.

Por su parte, Rusia le habla en secreto á Francia, y esta á Inglaterra. Comprendido.

De manera que en ese armónico concierto de voluntades propicias á la paz y al orden, todos los ejecutantes tienen los pies en su casa y las narices en la del vecino, como oliendo donde guisan.

Y ya huele.

Hay un tufo á chamusquina que trasciende.

¿No lo notan ustedes?

JUAN PEREZ.

UN HOMBRE REGORDETE.

El Tribune de Nueva York nos ha dicho, muy en confianza y me parece que ruborizándose un poquito, que Ramon Céspedes es un hombre regordete.

¡Ay, Leonor, y todas las Leonores aficionadas á los hombres de esta hechura, conmoveos!

Es regordete, y *sin embargo*, escribe artículos.

Esto no lo dice *El Tribune*: lo hemos adivinado algunos sujetos, que somos bastante listos, al ver en un periódico su nombre y apellido al pie de unos renglones; bastantes renglones, ¡demasiados renglones!

Sí, señor; en un periódico impreso y *todo*; lo cual

nos ha dejado comprender que Ramon Céspedes hace *gemir* las prensas. ¡Ay! y después me ha hecho gemir á mí y á todos los sujetos que han pasado la vista por el articulito! Porque hace llorar á las piedras: esto lo digo yo, lector benévolo, hablandole á usted con franqueza y con la misma sinceridad que *El Tribune* nos ha dicho que Ramon Céspedes es un hombre regordete.

Quisiera dar una idea de ese artículo, que su autor titula *Delirio patriótico*, que es como si dijéramos, sobre poco más ó menos, *Berrinche cespedita*.

Quisiera dar una idea de él, y voy á intercalarlo, sin faltar á nadie y sin daros motivo para que os ruboricéis, ¡oh, Leonores! aficionadas á la poética hechura que gasta en su cuerpo el señor de Ramon.

Empieza por decir tan apreciable sujeto, que es hijo de los peligros. Y aquí me tiene usted que después de saber esto, me he pasado cuatro noches sin dormir y mordiéndome la punta del dedo pulgar, cavilando cómo es posible que siendo hijo de los peligros, se apellide Céspedes....

Indica esto que es hijo natural y sin reconocer; pero vamos á cuentas: ¿si no está *reconocido*, como dice, jura y perjura *El Tribune*, que es regordete?

Me confundo y tiemblo por la reputación de la mamá de Céspedes, puesta en grave riesgo por su mismo hijo.

Y porque lo es de los peligros, asegura Ramon que desea volver á Cuba.

Es una cosa muy puesta en el orden, porque aquí positivamente se reunirá con su *papá*, compañero inseparable de la familia Céspedes.

Después de explicar su extraño origen, nos cuenta que *que no ha llegado á Nueva York como náufrago que ansía reposar en orillas más afortunadas*.

A mí, qué me ha de decir usted! esa la tenía yo tragada. El primo del *Presidente* no ha podido salir de Cubita Libre ni como fugitivo ni como náufrago: ha salido como un caballero particular que vive de lo que come, y come burro, como el general Rafaelito Quesada.

Se ha presentado en Nueva York, no como náufrago que ansía eso de las orillas que ya les he dicho á ustedes, sino como símbolo de la paz y de la unión. De esa unión felizmente realizada ya, y que ha hecho que Manolo Quesada tome el portante renegando de Aguilera, y que Aguilera se quede, aunque también tome alguna cosa, renegando de Quesada.

Oigamos lo que dice Ramoncito *Peligros*, (a) Céspedes, para probar que la unión es un hecho:

“Por fortuna, la unión se ha celebrado ya y nada debemos temer. A todos, á todos, los hemos visto llorar. Yo he llorado también, llanto feliz, primeras lágrimas que han caído sobre mi alma, vivificantes como una lluvia de flores.”

Saco yo en consecuencia que este caballero debe llorar hácia dentro si las lágrimas han de haberle caído sobre el alma. A no ser que los hombres regordetes lleven el alma por fuera, por encima del chaleco. Se dan casos.

Por lo demás, la escena sería conmovedora y húmeda: todos lloraron.

Estoy seguro de que se hizo un charco de lágrimas. Por eso, sin duda, dice Merchan, el que dirigía *La Revolución*, que no puede seguir viviendo en Nueva York: teme pillar unas calenturas intermitentes con tanta humedad.

“En esos dolores, continúa diciendo Ramon, dirigiéndose á sus compatriotas, en esa sublimidad de nuestras ideas y de nuestros hechos, he encontrado hoy en este país consuelos inefables que vosotros no comprendéis.”

Mucho me equivoco, ó el *hijo de los peligros* ha querido llamar brutos á sus conciudadanos. Porque eso de decirles que no son capaces de comprender lo que él siente, creo que es bastante fuertecito!...

Pero aún les dice más, pues como ha llegado, no como náufrago que ansía reposar, allí donde dijimos ántes, sino como símbolo de la unión, no está bien que deje de llamarles *sinvelguensas*, para fomentar esa unión de la que es símbolo y no náufrago que ansía.... etcétera.

Y si no es llamarles *sinvelguensas* lo que dicen las líneas que voy á copiar, declaro que no entiendo de artículos ni de *Delirios patrióticos*, ni de hombres regordetes.

Allá vá esa banderilla; juzguen ustedes.

“Hemos descendido (los que se escaparon de Cubita con Pancho Aguilera) olvidando peligros inmensos, á este centro, donde goza el hombre de

todos los derechos, pero después de haber podido soportar miserias y privaciones sin fin; y vuestras alegrías nos entristecen, y vuestros vanos pasatiempos, de los cuales he empezado á participar también, ME PRODUCEN REMORDIMIENTOS."

"Si olvido mi juramento (el de volver á Cubita) si mi corazón, ansioso de delicias, se prostituye y se corrompe (*¡qué olor!*) y si entregado á esta vida indolente del ingrato (!) en Nueva York, tus dolores (los de Cubita) no son los míos, é indiferente marchó en mi camino.... Ah! entonces arrójame de tu seno, y que vague como Cain eternamente en un país extraño; sepúltate en tu inmensa desesperación y maldice á tu hijo!"

¡Anda! no ha hecho más que llegar y ya siente remordimientos de estar allí disfrutando de vanos pasatiempos, y quiere ser Cain si se entrega á la vida indolente del ingrato en Nueva York.

¡Compadre, cuántos Caines hay por allá! Y siente esos remordimientos á pesar de ser recordete—como asegura *El Tribune*—y de no ser náufrago que ansía aquello de las orillas, que creo que ya les he contado á ustedes.

Si no entienden la indirecta los bigardos de Nueva York, será porque no quieren entenderla, pues no puede hablar más claro un hombre recordete, hijo de los peligros, y que no es un náufrago que ansía....

Les dije á ustedes ya aquello del náufrago que ansía reposar en la orilla.... etcétera?

¿Nó? Pues ya se lo contaré despacio, pues es lo más interesante del hombre recordete.

JUAN DE AUSTRIA.

CUENTOS DE MANIGUA.

CUENTO CUARTO.

LAS DOS BARAJAS.

XIX.

El alférez don Félix Pacheco, después de haberse refrescado el cuerpo con la naranjada, descansó algunos minutos, para tomar aliento y coordinar sus ideas, y continuó su relato, diciéndome:

—¿Deseaba usted saber, amigo don Juan, lo que contesté á la celebrísima doña Casiana acerca del estado en que encontré la ciudad después del grito rebelde de Yara? Pues bien: busqué evasivas para ocultarle la verdad de mi pensamiento; pero como estamos solos, y no tengo por qué callar con un compañero de armas que entonces se hallaba lejos del Camagüey, voy á exponerle lo que debiera haber contestado á aquella señora, si es que tiene usted gusto en oírme.

—Me dará usted gran placer en ello, pues como llegué herido á esta ciudad, y aún sigo en la cama, no he podido enterarme de lo que tanto interesa á todos.

—Pues, con permiso de Adelina, diré á usted que apenas puse el pie en Puerto-Príncipe, serios temores me asaltaron de que estábamos llamados á grandes acontecimientos, de inmensa trascendencia para el país y de tristes resultados para la causa de los enemigos de España. El grito de Yara, que se calificó al principio simplemente de *calaverada*, resonó en todos los extremos de la Isla, y demasiado sabe usted que no tardó mucho la insurrección en ser dueña de una extensión de terreno en el campo, de ciento treinta leguas, desde Punta Maisí hasta Sancti-Spiritus, excluyendo por supuesto las principales poblaciones. La negra traición había ido preparando su plan, que se desarrolló rápidamente, á merced de la escasez de tropas y de la topografía especial del país, que ha favorecido el proyecto de los rebeldes.

—Conozco, amigo Pacheco, las causas de la revolución que nos tiene postrados en estos catres; suplico á usted que se fije en Puerto-Príncipe, pues lo otro sería el cuento de nunca acabar.

—Allá voy. En el departamento Oriental se había levantado la bandera de la independencia, á la voz de *¡Cuba Libre!* pero aquí fueron más hipócritas, y los hombres que ayudaron al movimiento, á voz en grito se opusieron, disintiendo de los separatistas de Bayamo, pues pedían solamente libertades análogas á las que la revolución de Setiembre había concedido á España.

—¡Ah, pícaros! exclamé.

—¡Ah, solapados! debe usted decir conmigo; fué un ardid de mala ley para deslumbrar á los incautos; y lo consiguieron. El gobernador militar, creyendo asegurada la tranquilidad en su departamento, porque no veía en los cabileos de la ciudad sino un deseo de asimilación, se dejó sorprender, envanecióse los miserables, y nos perdimos. ¡Oh! si en

aquellos días se hubiera reducido á prisión á media docena de hombres llamados importantes, que se paseaban por la ciudad, no ocultando sus siniestros deseos y sus inícuos sentimientos, es seguro que otro gallo nos cantara, porque entonces no había armas, ni planes preconcebidos, ni conocimiento de la guerra; solamente corría por los campos la idea, y la idea hubiera muerto en flor, á manos de la impotencia y el desengaño, sin la debilidad de algunos hombres. ¡Debilidad, sí! En este sitio donde nos hallamos, en aquel salón de la Sociedad Filarmónica, reunieron jóvenes inexpertos, pero acalorados por la seducción de la idea, y permitieron dar gritos subversivos contra España, pronunciándose discursos incendiarios que levantaron de cascos á los más tranquilos, sin que una bayoneta española entrara en este edificio á desgarrar las entrañas, ni siquiera á cortar la lengua, de los insurgentes que no ocultaban sus planes, descubiertos ya, sin la máscara de la hipocresía, pidiendo la separación.

—¿Eso hubo? pregunté indignado.

—La historia lo consignará así, pues éramos muchos los que en aquellos días de fatal recordación, asombrados, acariábamos el puño de nuestras espadas, esperando la menor indicación superior para entrar aquí á degüello. Veinte soldados decididos hubieran acorralado á aquella turba de deslenguados mozalvetes.

—¿Nada se hizo?

—¡Nada! lo digo con dolor. El día 4 de Noviembre hizo explosión la idea, y unos sesenta jóvenes, mal montados y peor armados, salieron á la faz del día, á ciencia y presencia de todos los habitantes, desparramándose por los campos para sembrar la semilla de la rebelión, que tan malos frutos había de recoger en poco tiempo.

—¿Y después?....

—Los insurrectos empezaron por apoderarse del pueblo de Guáimaro, sorprendiendo á una docena de guardias civiles que lo guarnecían; y sus fechorías no se hicieron esperar. En aquellos días llegaron á Nuevitas pertrechos de guerra, y temiendo los rebeldes que los trajesen á Puerto-Príncipe, cortaron el 9 de Noviembre el telégrafo y detuvieron el tren que venía, inutilizando la línea. Calcule usted, amigo mío, la angustia que se apoderaría de los habitantes de la ciudad al vernos incomunicados con toda la Isla, y lo peor, sin recursos, pues el camino de hierro nos traía del mar las municiones de boca. El hambre nos amenazaba con el bloqueo, y para conseguir reses y viandas, teníamos que salir á conquistarlas á balazos, pudiendo desgraciadamente dar fé de ello, la pierna que perdí en una de esas salidas.

—¿Qué situación tan terrible!

—Mucho habrán sufrido las demás ciudades de la Isla, pero ninguna como esta se ha hecho acreedora á las consideraciones del gobierno, porque los españoles que aquí nos encontramos, hemos dado pruebas de abnegación y de un temple de alma superior; ni el peligro, ni el hambre, ni la epidemia, ni los padecimientos morales abatieron el espíritu de los que aquí estábamos dispuestos á perecer antes que entregarlos.

—¿Y Adelina? ¿qué decía en esos momentos de angustia? ¿Y doña Casiana? Comprendo la crítica situación en que se hallaba usted colocado, entre su amor á la patria, y su amor á una mujer que, según dijo usted antes, pertenecía á una familia marcada como sospechosa.

—¡Ay, amigo mío! Aquí comienza la parte dramática de mi historia y mis mayores sufrimientos, más grandes que los que más tarde me proporcionó la pierna que he perdido. Después de aquellos jóvenes que en son de guerra habían salido el 4 de Noviembre, empezaron á marcharse al campo muchas familias, so pretexto de buscar en sus fincas recursos de subsistencia de que carecían en la ciudad; y esta empezó á quedarse medio desierta, porque es menester convenir en que en el Camagüey es donde con más fuerza había germinado la idea de la rebelión.

—¿Y Adelina también?....

—Vamos por partes. Después de nuestra entrevista, en aquella noche que me juzgué tan feliz por haber vencido la repugnancia y la oposición de la tuerca, seguí yendo, primero por la tarde, y luego dos veces al día, lo cual no dejaban de criticarlo los indiferentes y hasta mis compañeros, permaneciendo yo sordo á los consejos de estos, tanto porque creía injustos los ataques que dirigían á la familia, cuanto porque estaba ciego por el amor de aquella mujer.

—¿Y la madre callaba, á pesar de la actitud de los habitantes de la ciudad, á pesar del movimiento de los camagüeyanos?

—Era un lazo que me tendía; ¡pícaro tuerca! Los primeros días se manifestó conmigo afectuosísima, con gran sorpresa mía, y llegué hasta á sentir por ella una verdadera simpatía; me estaba fascinando como el boá al pajarillo, y abusando del cariño que profesaba á su hija, creía seguro su triunfo. Una noche que entré en la casa preocupado con la situación en que me había colocado por las dudas que todos me manifestaban sobre la lealtad de la familia de don Gonzalo Casa-

mayor, me permití por primera vez abordar la cuestión política, y aprovechando los momentos que Adelina tardó en salir á la sala, porque se estaba vistiéndose, dije á doña Casiana y á su marido, que me habían apretado las manos con más vehemencia que nunca:

—Parece que el estado de la ciudad se agrava con la falta de recursos.

—¿Qué locura de gente, exclamó doña Casiana con un tono hipócrita que me edificó. ¡Lanzarse á buscar su perdición, y con su perdición, la nuestra!

—¡Su perdición nó! se permitió decir don Gonzalo con cierto temor.

—¿Cómo nó? pregunté yo vivamente, mirándole con sorpresa.

Casamayor se turbó, y su mujer acudió en seguida á ampararlo, diciéndome:

—Quiere significar Gonzalo, que las familias no se van al campo á comprometerse en la lucha, sino á buscar los recursos más necesarios de que aquí carecen para atender á su subsistencia. Ya vé usted, señor Pacheco, que los que vivíamos de lo que nos mandaban de nuestras fincas, no tenemos otra entrada, y nos amenaza la miseria con todos sus horrores. Esos *muchachos* que se han levantado en armas contra el gobierno, atacan los intereses de sus mismas familias, dejándolas morir, y esto me hace esperar que pronto llegará el desengaño á convencerlos de que deben volver á sus casas, implorando el perdón.

—Mucho temo, señora, que sea ilusoria la esperanza que usted abriga.

—¡Ay! ¡no lo quiera Dios! exclamó aquella serpiente con el rostro compungido.

En aquel momento entró Adelina en la sala, y ante la belleza de su rostro angelical, confieso mi debilidad, se disiparon hasta mis temores, y me consagré á contemplarla y á comunicarme con ella, olvidando los peligros que corría. Aquella mujer se había apoderado de mi alma, y debía vengarse á las otras mujeres, víctimas de mi veleidad.

(Continuará.)

JUAN-SIN-TIERRA.

IMPROVISACION

EN EL CEMENTERIO AL COLOCAR EN SU NICHOP
EL CADAVER DE DON CARLOS CIFUENTES, VOLUNTARIO
DE LA 4ª COMPAÑIA DEL 5º BATALLON.

Lleno de vida y salud
ayer la cabeza erguía,
y su mirada esparcía
raudales de juventud.
¡Hoy duerme en el ataúd!
mostrándonos de esa suerte
que el hombre apenas advierte
de su tiempo en la medida,
si camina hacia la vida
ó si viaja hacia la muerte.
Hijo amante, noble hermano,
cántabro de altiva frente,
alentaba en pecho ardiente
todo un corazón cristiano.
Y cayó como en el llano
la encina que se derrumba....
Ya ni el áura en torno zumba,
ni hay luz ni vida en sus ojos,
y van á entrar sus despojos
en el seno de la tumba.
¡Qué triste es morir así:
lejos de la patria, y lejos
de aquellos amantes viejos
que nos recuerdan allí....!
¡Sin que nos miren aquí
en la postrer aflicción
plegar místico el corazón,
tal vez en lecho de espinas,
como errantes golondrinas
en apartada región.
Ah! duerma en paz el patriota,
que al peligro indiferente
á morir vino á Occidente
desde la extensión remota!
Descanse en paz en la ignota
región de las sombras frías,
hasta que en cercanos días
volvamos en negro carro
á aumentar también el barro
de estas bóvedas sombrías.

Habana, 1871.

SATURNINO MARTINEZ.



Bicho de tres cabezas escapado de la manigua y destinado a concluir con los pocos cuartos que quedan a los emigrados mambises.



Contra piedra, latigazo. El consulado español en Cayo-Hueso debe contratar un contra-mayoral, único agente diplomático que puede tratar con los héroes de aquel punto.



Fiestas á la virg n de Montserrat en las alturas de Sánchez (Matanzas), el 8 de Setiembre de 1871.

Ayuntamiento de Madrid

EPÍSTOLAS Á "JUAN PALOMO."

NUEVA YORK, 7 DE SETIEMBRE.

Apénas calmado había
el dolor amargo, intenso,
que nos causara la muerte
del organillo juntero,
esperábamos con ansia
la aparición del libelo
que heredó la sabia pluma
del Maestro Laboremos,
para hallar en sus escritos
un bálsamo al dolor nuestro,
cuando oímos un murmullo
sordo, triste, lastimero,
y preguntando la causa
de tan lúgubres acentos,
nos dijeron sollozando:
"¡La República se ha muerto."
"¡Virgen santa!" prorrumpimos,
"será posible que el cielo
"despiadado nos envíe
"tantas desgracias á un tiempo."
Mas ay! por nuestra desdicha
aquel rumor era cierto,
y vi entonces realizados
mis tristes presentimientos.
Murió también *La República*,
pero se murió en secreto,
sin decir este ni moste
ni siquiera ¡allá vá eso!
Fue una muerte repentina,
tan súbita, que ni tiempo
nos dió para administrarle
auxilios ni sacramentos.
Mejor dicho, cuando echábamos
de ver su fallecimiento,
hacía ya siete días
que la pobre se había muerto.
Y murió sin los auxilios,
es decir, por falta de ellos;
murió de arraquitis crónica,
murió sin pagar al médico,
murió cuando estaba en vísperas
de ser órgano completo,
y murió, siendo organillo,
porque se le acabó el viento.
Irse á morir los dos órganos
cuando principia el concierto!
¿Cómo podrá el nuevo Agente
salir del atolladero,
él, que nunca tocó pito,
teniendo por instrumentos
en su orquesta, contrabajos,
violines y violon-celos?
El padre de *La República*,
un mascarón pica-pleitos;
tocayo del Presidente
y del ministro Extranjero,
creyendo en su amor de padre
que no está muerto su engendro,
y que padece tan sólo
de algún ataque epiléptico,
metió en un saco de noche
una camisa y un cuello,
medio par de calcetines,
un alfiler y un pañuelo,
que es todo cuanto posee,
y se marchó á espeta perros
á una célebre botica
que se llama "Cayo Hueso,"
y está en la calle del Sur,
esquina al Golfo de Méjico,
como quien vá á Nueva Orleans,
torciendo al lado derecho,
para ver si allá consigue
que le den medicamentos
eficaces, infalibles,
que curen al pobre enfermo.
Y vá allí porque le han dicho
que ha de encontrar un ungüento
que es para la arraquitis
el más eficaz remedio.
Esa pomada se llama
Extracto de tabaquero,
es lustrosa, un poco dura,
de color amarillento,
y se compone de varios
simples y algunos compuestos,
de muchas *onzas* de ahorros,

de muchas dracmas de *medios*,
de un *adarme* y un *tomarme*
sin *escripulo* en el peso;
que cuanto más pese el fardo
que saque á los tabaqueros
el padre de *La República*,
más ha de hallarlo ligero,
y más corriente estará
para venirse corriendo.
Y cuando llegue y se encuentre
ya sepultado su engendro,
sirviéndole de mortaja
un trapo de Yara inmenso,
que colgaron ó ahorcaron
como anuncio del libelo,
exclamará: "la cebada
al rabo del asno muerto;"
y se untará los bolsillos
de *Extracto de tabaquero*,
para ver si se consuela
de la muerte de su engendro.

JOHN BULL.

BOCETOS A LA PLUMA.

ANTONIO HURTADO.

Una sola indicación bastaría para dar á conocer el carácter
y las prendas morales de este distinguido poeta.

Es autor dramático, y le estiman y respetan sus compañeros,
y hasta se alegran de sus triunfos.

Es hombre político, y todos los partidos le hacen justicia.

Ha sido funcionario público, ha gobernado varias provin-
cias de España, y en todas ellas le recuerdan y le desean.

Cáceres es su cuna; allí, en el seno de una numerosa fami-
lia, con escasos recursos, se despierta en su alma el deseo de
ser algo en el mundo, de ilustrar su nombre, de mejorar la
suerte de los suyos.

Las aspiraciones que se apoderan de su ánimo contrastan
con el espectáculo que le rodea; pero la imaginación descorre
á sus ojos el velo de un porvenir brillante, y sin más recursos
que unas cuantas cartas de recomendación, sale de Cáceres y
entra en Madrid, precisamente en uno de los períodos de más
esfervescencia política.

La juventud adoraba á la libertad.

Desgraciadamente, cedió esta á sus halagos, cayó en los bra-
zos de la juventud, y en el paroxismo del goce, de casta espo-
sa la convirtió en esclava de sus locas pasiones.

La corona de azahar cayó ajada á los pies del tabernáculo
del vicio.

Hurtado, que veía en la libertad la salvación y el premio del
pueblo heroico que cinco lustros ántes había humillado las
águilas imperiales, fué liberal hasta la exageración, y abando-
nando la lira, se consagró con toda su alma al culto de la di-
sa que levantaba su altar sobre ríos de sangre generosa.

Una enfermedad le alejó de Madrid, devolviéndole á
su provincia. Allí sufrió su espíritu una crisis: el hombre po-
lítico regresó á Madrid con las esperanzas del poeta.

Pero en España, desde hace mucho tiempo, el periodismo
es casi siempre forzado memorial de todas las aspiraciones, y
en muchas ocasiones antesala de gabinetes.

Hurtado tuvo que ser periodista, y fué discípulo de don
Andrés Borrego, y compañero suyo en *El Español*.

Pero sus aficiones liberales le hacían buscar un grupo que
reunía todas las noches el café de Amato; en él se hallaban
el malogrado Zea, Ceferino Suarez Bravo, Cazurro y Agui-
lera.

Al Liceo había sucedido el Museo en el antiguo convento
de las Vallecas, y músicos y poetas ofrecían en aquel modesto
templo erigido en honor del arte, sus más bellas composi-
ciones.

Antonio Hurtado ganó allí fama de poeta.

Poco después dió al teatro una comedia: *La verdad en el
espejo*.

Arjona, sin conocerle, apénas leyó la obra, la aceptó.

El Español cesó, y Hurtado fundó *El Mentor de la Fa-
milia*.

En el año 51, poco después de dar á luz don Juan Bravo
Murillo su célebre reforma, apareció un periódico llamado *El
Mundo Nuevo*.

Su misión era combatir la reforma con la sátira.

El periódico llamó desde el principio la atención, y no tar-
dó en saberse que sus autores eran Hurtado y Florentino
Sanz.

El Mundo Nuevo murió de una sangría en su depósito.

El escritor satírico aspiró á los triunfos escénicos, y sus
dramas *El anillo del Rey* y *el Médico de Cámara* realizaron
sus sueños.

En el teatro Español desempeñó el honroso cargo de vocal
de la Junta consultiva.

A estas obras, á estos actos, sucedió un silencio de dos años.

—¿Dónde está Hurtado?

—¿Qué hace?

—¡No se le vé!

Hé aquí lo que se preguntaban y lo que se decían los que
le conocían y le estimaban sin poseer su intimidad.

¡Dos años de silencio! ¡Dos años de dolor que han dejado
en su alma un sello eterno!

Mientras que el público preguntaba por él sin verle, sin
oirle, Antonio Hurtado devoraba, no una pena, sino el más
acerbo de los dolores; no una desgracia, sino muchas, enca-
denadas, sucesivas, todas crueles.

Su esposa, joven aún y feliz, moría en sus brazos, deján-
dole tres hijos, y estos queridos frutos de un amor entrañable,
herido de muerte el tronco que los sustentaba, se separaron
de él como las hojas de los árboles en los tristísimos días del
otoño, para seguir á su madre.

En el breve espacio de poco más de un año, una familia
con todos los elementos para ser dichosa, desaparecía y sólo
quedaba de ella la sombra de una felicidad perdida en el cora-
zon de un hombre que era poeta de corazón.

En medio de sus aficciones tuvo Hurtado un consuelo:
continuó siendo hijo de los padres de su esposa, y aún no se
ha separado de su lado. Juntos lloran su desventura, ejem-
plo sin igual, que es otro rasgo característico del poeta, cuya
fisonomía bosqueja.

Tal vez no halló en su lira mas que ecos de dolor, y la
abandonó para consagrar su talento, su actividad y su recti-
tud al gobierno de las provincias que le confió el gabinete de
la unión liberal, en cuyo campo apareció de nuevo en la po-
lítica con los que llegaron á este partido de las filas conser-
vadoras.

Durante algunos años recorre casi todas las provincias de
España, y en todas ellas deja gratos recuerdos de su admi-
nistración.

Barcelona es el último que dirige, y precisamente en la
época en que la terrible epidemia asiática diezma á sus habi-
tantes. Esta campaña es una de las más brillantes páginas
de su vida.

Desde el primer momento organiza y allega toda clase de
auxilios, recorre noche y día los hospitales, pide á los ricos
para los pobres, y en medio de la desolación y el espanto, su
presencia consuela, su voz anima, su ejemplo fortalece.

Al fin cae herido de muerte por el común enemigo y la ca-
pital en masa se olvida de sus propios dolores, para fijar sus
ojos en el lecho en que yace el hombre superior en quien ha
visto un instrumento de la Providencia, para abrigar un sólo
deseo: su salvación.

En su carrera de gobernador hay episodios interesantes que
completan su retrato moral, y que mencionaríamos si la índole
de JUAN PALOMO lo consintiera.

La primera cesantía de Hurtado le devolvió al teatro; aún
recuerda el público entusiasta su *Toison rojo*, y las obras que
en compañía de Nuñez de Arce, marcaron su aparición con
nuevos triunfos. *El laurel de la zúbia*, *Herir en la sombra*,
y la *folia aragonesa*, no han podido olvidarse.

Después escribió sólo *Sueños y realidades*, y ahora *El ar-
gumento de un drama*.

Cuanto pudiera decir acerca de sus obras dramáticas, lo
expresa mejor una frase, de la que se abusa, pero á la que yo
quiero dar su única, su verdadera expresión; es artista. La
poesía le obedece, y el sonido, el color, la palabra le brindan
sus tesoros de belleza.

Hurtado ha sido también novelista; dos obras suyas, *Coras
del mundo* y *Lo que se vé y no se vé* prueban que adivinó el
bello ideal de la novela moderna. Ultimamente publicó *Corte
y Cortijo*, premiada por la Academia española.

Pero aquellas flores del ingenio, con todos los encantos del
estilo, replegaron sus hojas para dejar pasar el aluvión de
obras patibularias que inundaron á España.

Cuando pasen del todo, volverán á abrir su corola, perfu-
marán de nuevo el espacio, y los novelistas futuros saludarán
en Antonio Hurtado su profeta.

Tal es la fisonomía moral del escritor; respetado y querido
como hombre, admirado y querido como poeta, como funcio-
nario.

Su rostro responde á su alma.

La sombra que aparece en su frente, es el recuerdo de sus
dolores íntimos. Pero hablada su corazón, y el resplandor
de la bondad alejará la sombra de la tristeza.

Una vida así, es un ejemplo y un consuelo.

JULIO NOMBELA.

ROMERÍA DE MONSERRAT
EN MATANZAS.

El 8 del actual, ó sea el viénes de la semana pasada,
JUAN PALOMO mandó á la poética Matanzas al Juan que fir-
ma estas líneas,—servidor de ustedes—para que levantara el
purro y bebiera á la salud de los catalanes de aquella hermosa
ciudad, que, en alegre consorcio con los hijos de las demás
provincias, celebraron la tradicional romería de su excelsa
patrona la Virgene de Monserrat.

La fiesta que tuvo efecto en las alturas de Simpson fué lo más bello, nacional y patriótico que darse puede.

Ni á cien leguas se oía un laborante: allí todo eran barretinas y boinas y monteras y cantos populares de nuestras montañas, de aquellas montañas que tanto amamos y en donde JUAN PALOMO compró su sarten para freír á toda la mambisería habida y por haber, pasada, presente y futura!

Les aseguro á ustedes que entre los sonos de la *sardana*, del *sorricó* y de la *giralldilla*; en medio de aquella animación, de aquel entusiasmo pátrio indescriptible; contemplando el bello cuadro español—pase la metáfora en gracia de su exactitud—que las alturas de Simpson ofrecían en la tarde del 8 del actual, el corazón daba unos saltos que ni la *escudella* en los calderos cuando iba entrando en sazón.

Y apropiado de la *escudella*.—A cuantos concurrieron á la fiesta y quisieron probarla, con amabilidad se la ofrecían los catalanes juntamente con un pedazo de *butifarra* de primera—como diría uno de tierra adentro—que hacía relamer los labios de puro gustazo.

Digo! digo!—Y el chacolí que brindaban los vascongados? ¿Y la sidra de los asturianos?—Aquello era un banquete nacional, aquello era una romería de los leales en que todos pronunciábamos un brindis, en que todos nos confundíamos, gritando ¡viva España!

Para hacer una descripción detallada de tan inolvidable fiesta, necesitaría todas las columnas del periódico; pero como JUAN PALOMO no hace nunca las cosas á medias, y quiere perpetuar las patrióticas acciones de los leales, mandó á Matanzas á uno de sus distinguidos artistas, y en una plana del presente número verán ustedes un dibujo *d'après nature*, que es como una vi-ta fotográfica de la romería de Monserrat.

¡Bien por los catalanes de Matanzas! ¡Bien *noys de casa*, muy bien; os portásteis como quien sois, y España, la noble España, os es deudora de una nueva prenda de verdadero patriotismo!

JUAN PALOMO os felicita de todas veras, y sólo siente no tener á mano un *purro* para beber en este instante á vuestra salud, como el día de Monserrat lo hizo

JUAN LANAS.

EXTRAVAGANCIAS HUMANAS.

LA ETIQUETA Y EL SALUDO.

La humanidad es muy aficionada á las ceremonias. Lo mismo el hombre educado que el hombre salvaje gustan de dar importancia á muchos actos que no la tienen, y revisten de aparato, no pocas veces ridículo, algunos hechos que debieran distinguirse por su sencillez.

Los pueblos han adoptado diversas fórmulas para saludarse y para satisfacer su vanidad. El saludo, como distintivo del hombre sociable, es digno de respeto; pero la etiqueta, juzguese como se juzgue, sólo merece las carcajadas del sentido común. El saludo es un símbolo de paz, de afecto, de humanidad. La etiqueta es una muestra de pueril orgullo que á nada conduce, que nada resuelve, que para nada nos hace falta.

El español saluda con amabilidad, el francés con exageración, el inglés con frialdad excesiva, el alemán con gravedad natural, el italiano con demasiada dulzura.

Para saludar, el mahometano es digno, el judío es meloso y el gitano es poético.

En algunos puntos de Holanda se saludan preguntando:—*Teneis buena comida?* Cuando los holandeses reinaban en el mar, el saludo matutino era:—*¿Navegais bien?*

Las comadres flamencas suelen saludarse preguntándose:—*¿Cuece bien vuestra col?*

Los campesinos de algunos cantones de Suiza, dicen al encontrarse:—*¿Qué hora teneis?* Y no se separan hasta que han mirado sus relojes.

Los noruegos saludan presentando la mano, pero sólo se la estrechan á sus amigos.

Las ceremonias de la etiqueta son muy parecidas entre los europeos. Las cortes de España, Francia, Rusia, Inglaterra, Austria y Turquía son aficionadas al aparato de las recepciones, besamanos y fiestas régias, con el acompañamiento de gentiles-hombres, chambelanes, maestros de ceremonias, introductores, porteros y demás personajes indispensables. La corte de Prusia es ménos exigente, y en algunas ocasiones dá una reunión general, á la que pueden asistir, sin previo convite, todos los empleados de la administración y del ejército. Estas fiestas no se verifican en el palacio, sino en la quinta del rey.

La corte de Noruega es quizá la que más ha simplificado sus ceremonias. Los tratamientos de nobleza están casi olvidados, y la Constitución prohíbe al rey conferir nuevos títulos.

La corte de la Sublime Puerta, que en otro tiempo se distinguía por el esplendor de sus actos, ha perdido muchas de sus magnificencias y gran parte de su etiqueta pasada y fastuosa.

La etiqueta de los actos particulares aún conserva bastante imperio en Europa. El traje negro y el ridículo frac domina sin rival en los círculos de la gente civilizada, y el francés, el inglés, el alemán, el italiano y el español, acuden gravemente embutidos dentro de su traje de etiqueta, á los espectáculos solemnes, á los saraos elegantes, á los bautizos y á los duelos, terminando siempre en el comedor; pues puede decirse que todo acto de etiqueta, entre nosotros, empieza por cepillar el frac y acaba por llenar el estómago.

Con estas costumbres denominadas *cultas*, forman singular contraste las de los árboles independientes: su única etiqueta es la obligación de no sentarse á comer sin ser acompañados por todas las personas que se hallen presentes á la hora de la comida, sean mahometanos ó cristianos, sean amigos ó enemigos. Saludan á los superiores poniendo la diestra sobre el corazón, y besan la mano de los viejos: acciones respetuosas y nobles que jamás efectúan con un adversario, aunque la necesidad les aconseje el disimulo.

Los beduinos de la tribu *d'nezé*, cuando quieren manifestar su cariño á una persona, la tocan con la punta de los dedos y se llevan estos á los labios.

La etiqueta de los persas es tan severa como humillante: el primer ministro saluda al *schah* arrastrándose por el suelo, y todos los empleados, por orden de categoría, se inclinan has-

ta tocar la tierra con las manos, siempre que hablan á su inmediato superior. Un hijo, cualquiera que sea su dignidad, nunca se sienta delante de su padre. Los príncipes de la sangre, los poetas, los sábios y los embajadores, son los únicos que pueden sentarse en presencia del *schah*. Este recibe á sus cortesanos en un salón radiante de magnificencia, sobre un trono cuajado de planchas de oro y de piedras preciosas: detrás del asiento brilla un sol de diamantes de gran tamaño; el dosel está esmaltado de rubíes y esmeraldas, y toda la persona del soberano se esconde bajo un traje lleno de perlas, zafiros y multitud de riquísimas piedras, entre las que se distinguen los famosos diamantes *kahi-nuir* (montaña de luz) y *deryairenu* (océano de luz). A los pies de este monarca que se titula *hermano del sol y de la luna*, se humillan los más ilustres personajes de la nación, recibiendo con orgullo el epíteto de *perros del rey*.

La etiqueta persa dispone que el ministro de Hacienda sea el intendente del harem; pero la tesorería debe estar á cargo de una princesa de la sangre, que se titula *banu-i-harem* (señora del harem). Los demás dignatarios de dicha tesorería y sus dependencias, se llaman, sean hombres ó mujeres, *rich sifid* (barba blanca).

Los naturales de Kiakhta, en Asia, obsequian á todo extranjero haciéndole probar multitud de frutos del país y de clases de té. Y cuando uno de los obsequiados rehúsa parte de la oferta, corre peligro de ser despedido á palos por faltar á la más importante regla de la etiqueta del país.

El pueblo chino es quizás el más aficionado á las ceremonias. En muchos puntos del imperio se saludan los hombres restregándose mutuamente la nariz. En la parte oriental, el saludo es una genuflexión y dos reverencias. Cuando dos amigos se encuentran después de una separación larga, se arrojan, inclinan tres veces la cabeza hasta tocar al suelo, y se abrazan con efusión. Existe un libro chino que contiene reglas acerca de la clase y número de genuflexiones, piruetas y arcos de círculo que toda persona decente debe ejecutar y describir en los más solemnes actos de la vida.

Por persona decente, según la etiqueta china, se entiende un hombre gordo y de uñas muy largas, porque los signos de ociosidad son muy recomendables y dignos de respeto en la China. El emperador y los altos magnates llegan á lograr un peso y un volumen que envidiarían la más enorme res de cerda. Cuando el emperador, *hijo sagrado del cielo*, único gobernador de la tierra y gran parte de su pueblo, abre la boca para derramar su augusta palabra, todos los súbditos presentes se prosternan con devoción. Dos mil lictores cargados de cadenas, de hachas y de otros instrumentos le preceden en sus paseos por la capital, y el súbdito que se atreve á mirar á su señor, paga con la cabeza la infracción de las leyes de la etiqueta imperial. Cualquier regalo hecho por el emperador á un extranjero debe ser recibido con multitud de reverencias exageradas. El *hijo sagrado del cielo* no puede valerse de manos para comer y vestir, no puede suavizar la pena impuesta á un reo, no puede ser humano, ni lógico, ni racional, porque se oponen las sagradas reglas de la etiqueta. Un embajador que trata de presentarse al único gobernador de la tierra, necesita pasar un mes haciendo genuflexiones meritorias. La etiqueta, en fin, prescribe que el emperador honre la agricultura manejando el arado una vez cada año, el día 15 de la primera luna.

Esta ceremonia se verifica con mucha ostentación: asiste la familia y toda la corte; el emperador entra sólo en el campo destinado al efecto, se despoja de sus magníficas vestiduras, se prosterna, apoya nueve veces la frente en el suelo, pronuncia en alta voz una oración pidiendo al dios *Thian* la dicha de su pueblo, sacrifica un buey, empuña el arado y abre en la tierra muchos surcos. Después pasa el instrumento á manos de los altos personajes, y todos rivalizan en destreza, manejando el rústico aparato. Termina la ceremonia distribuyéndose dinero y telas á los labradores presentes.

Los campesinos de la China meridional suelen saludarse preguntando:—*¿Comisteis vuestro arroz?* Pero los naturales del departamento de *Thun-tchuan* se saludan diciendo:—*¿Habeis comido perro?* El preguntado, en caso afirmativo, contesta:—*Con felicidad*. Y en caso negativo, dice:—*¿Quién lo comiera!*

Los indígenas de *Tenasserim* (Asia) saludan aplicando la nariz á la mejilla del saludado y aspirando con fuerza.

En casi toda la costa de Egipto se saluda preguntando:—*¿Sudais bien?*

En Siam, las leyes de etiqueta aconsejan al rey casarse con sus hermanas ó con sus hijas, porque el soberano sólo puede unirse á sangre tan ilustre como la suya. La historia del pueblo, formada por una colección de crónicas, debe ser leída al rey treinta veces al año. Un mandarín desempeña el cargo de lector régio. La etiqueta ordena, además, que el rey tenga á su servicio el mayor número posible de mujeres y de elefantes.

Los japoneses, para saludar en la calle, se quitan una chinel, y para saludar dentro de una casa se quedan descalzos. Su etiqueta prescribe que toda persona regular tenga los timbres de su nobleza grabados en los muebles y bordados en los vestidos. Un príncipe, seguido de su acompañamiento ofrece admirable golpe de vista, porque la multitud de personas que le escolta lleva en sus trajes y en los arcos de los caballos las armas de la casa bordadas, cinceladas, esculpidas, con singular igualdad y exactitud.

Lo más notable de la etiqueta japonesa es la ley que aconseja á todo hombre de honor preferir la muerte á la deshonra. Para el japonés, lo deshonroso es una condena judicial poco merecida; lo infamante es no poder tomar venganza de una ofensa. En ambos casos el japonés decente apela al suicidio. Pero éste debe ejecutarse con arreglo á la ley del buen gusto, y el buen gusto exige que los hombres se maten abriéndose el vientre. Faltaría gravemente á la etiqueta el japonés que no proporcionara á otro los medios de abrirse en canal: así, cuando un preso sentenciado quiere evitar la vergüenza de morir en público, el carcelero le presta el arma necesaria para el suicidio; y siempre que un hombre se manifieste dispuesto á morir por el honor, nadie le hace reflexión de ninguna especie.

El colmo de la elegancia, en un suicida, es efectuar la operación final con arreglo á la moda del gran tono. La etiqueta nobiliaria quiere que la víctima se cubra con una bata blanca, sin escudos de armas, y se mate dentro de una casa cuyas paredes exteriores aparezcan vestidas de lienzo blanco. Esto

es lo espiritual y lo sublime del género.

Tan familiarizados están los japoneses con la idea del *suicidio legal*, que todo personaje, cuando viaja, lleva siempre consigo el hábito de ceremonia, á fin de poder morir á cualquier hora sin faltar á los preceptos de la etiqueta.

Los *bedjahs* de Africa saludan á las tribus vecinas levantando un paño en la punta de una lanza; y no consideran persona notable al que no se arranca los dientes delanteros, después de cumplir diez y seis años.

Los *chilos* saludan á sus amigos dándoles á beber la sangre de una de las venas pequeñas del antebrazo.

Los etiopes se ligan al cuerpo la ropa de la persona saludada.

Los naturales de Mafftai se saludan apretándose el dedo anular.

La etiqueta del reino de *Dar-Fur* se distingue por dos prescripciones originales: según la primera, cuando el sultan viaja con sus tropas, todo el ejército debe acampar situándose del mismo modo que en la capital del reino.

La segunda prescripción de la etiqueta exige que si un determinado oficial de la corona sobrevive al sultan muerto en la guerra, debe morir inmediatamente. Este oficial se llama *cuello del sultan*. Todos los jefes del ejército, aunque exentos de tal peligro, toman el nombre de otras partes del cuerpo del sultan, de modo que uno es *la nariz del soberano*, otro *la pierna derecha*, otro *el talon izquierdo*, etc.; etc.; pero ninguno rivaliza en gloria con *el cuello del sultan*.

En el Congo, la etiqueta dispone que todos los príncipes de los diversos Estados independientes, puedan aspirar al trono vacante, sujetándose á la elección del cuerpo electoral, que se compone de los siete primeros oficiales de la corona y de otros dos adjuntos. Para ser príncipe es indispensable haber nacido de una princesa, aunque el padre sea plebeyo, porque la madre es la que ennoblece, supuesto que, según la ley, nunca se sabe cuál es el verdadero padre. Así, las princesas tienen derecho á tomar y dejar maridos, y el preferido queda hecho príncipe hasta que su esposa le despidе; siendo de notar que, con este sistema, los príncipes del Congo son por extremo bonachones.

Entre los circasianos tiene la etiqueta una ley singularísima: después de casados dos jóvenes, con el beneplácito de ambas familias, no deben presentarse á los padres hasta que tienen fruto de bendición. Y si no lo tienen, se mira tan mal esta falta, que los esposos, por vergüenza, se condenan voluntariamente á no aparecer jamás delante de sus padres.

El arte coreográfico se halla notablemente desarrollado entre todos los pueblos negros de Africa. Así, cuando un negro encuentra á otro cuya tribu no conoce, le saluda diciendo:—*¿Qué bailas?*

Los *basutos* saludan colocando sobre su frente el pié derecho del saludado.

En algunas islas de Micronesia saludan levantando una pierna en el aire y doblando las rodillas.

Los *bechuanas*, pueblo muy inteligente del Africa austral, saludan á los superiores llamándolos *padres*; *hermanos* á los iguales, y á los inferiores *hijos*. Su etiqueta no consiente que se ataje á nadie la palabra sin decir primero: *Permitid que os pegue en la boca*. Hasta en la sátira emplean mucha cortesía: cuando un hombre habla demasiado, y sin razón ni criterio, suelen decirle: *Hablais como un jefe*.

La etiqueta del país de Bandawarogo exige que el rey pida á todos los viajeros algun remedio para males incurables. Si un extranjero quiere entrar en el palacio real, obra imponente hecha de juncos, S. M. se digna recibir en medio de su corte, sobre un banco de césped cubierto de tela encarnada, y a etiqueta previene que el rey tenga un pañuelo bordado de oro en cada mano, que se ria, tapándose al mismo tiempo la boca con el pañuelo de la mano derecha, y que beba de vez en cuando un trago de vino de bananas, limpiándose los labios con el pañuelo de la mano izquierda. El vino deben servírselo sus hermanas, que son al propio tiempo sus mujeres. Cuando un viajero regala un fusil á S. M., la etiqueta vé con gusto que el monarca ensaye su puntería en el primer vasallo que se le presente.

El rey de los *achantis* recibe á los extranjeros según las leyes de una etiqueta horrible. Colócase el monarca en un trono de oro macizo y á la sombra de un árbol de hojas de oro; la régia epidermis está cubierta de una capa de oro en polvo sobre otra de sebo; la cabeza ostenta un sombrero europeo con franja de oro; los piés descansan en una palangana del mismo metal, y todo es oro sobre la ilustre persona, encima y debajo de ella.

Los magnates del reino se hallan echados en tierra y con la cabeza entre el polvo (no de oro). Y en la misma postura, cien acusados y cien acusadores, acompañados de veinte verdugos con sable en mano aguardan el fallo de la justicia real. Varias cabezas cortadas y humeantes completan el cuadro que se ofrece á los ojos del extranjero. El rey ofrece cerveza á su huésped y le pregunta si ha visto en el mundo algun monarca más poderoso que el que le honra al presente con su palabra.

Contesta el preguntado, como es natural, de modo satisfactorio para el bárbaro soberano, y este exclama con orgullo: *Tienes razón: el mismo Dios que hay en el cielo no me lleva ninguna ventaja*. Y en seguida, para dar una muestra de su poder y de su talento, pregunta algunas cosas á los súbditos acusados y acusadores y hace terminar todas las querellas decapitando á las dos partes.

Finalmente, la etiqueta de los *akims*, tribu de Senegambia, les hizo inmolarse sobre la tumba de su rey *Frempung* un número exacto de personas, pero un número que espanta: 4,000 esclavos, 36 mujeres del difunto y el primer ministro del reino.

A. L. A.

SARTENAZOS.

Ahí la tienen ustedes, en la sección de caricaturas.

La trinidad mambí que ha ido desde la manigua á relevar á la Junta en sus atribuciones, está pintada de mano maestra.

Como que sus caras—que de balde son *caras*—son tomadas de unas fotografías que nos envía desde Nueva-York el activo *John-Bull*.

Pero, señores, ¡qué feos, qué feos son!

Usted, amigo lector, ha oído hablar del odio que después de la guerra ha quedado á los franceses contra los prusianos? ¿Sí? pues haga usted cuenta que no ha oído nada. Escuche usted.

Una de las cosas que están más en moda hoy en París entre las damas es ir á Enghien y á Saint-Denis á ver á los prusianos, y á oír las músicas de sus regimientos, que tocan en aquellas poblaciones todas las tardes.

Por supuesto que las señoras asisten de tapadillo y poco ménos que disfrazadas, y que no van en sus coches, sino en los del camino de hierro, y excusado es añadir que semejantes expediciones se hacen con el mayor sigilo.

Dicen que las mujeres vuelven haciéndose lenguas del aire marcial y de la buena presencia de los *enemigos*; y de todo esto vá á resultar..... lo que yo me sé y lo callo.

El hombre es fuego, la mujer es-topa y..... bastante hemos hablado.

Ha llegado á mis manos un número de *El Mambi*.

¡Pobres manos mías, si no se hubiera inventado el jabon para lavarlas!

El Mambi es un periodiquito que se publica en la insurrección, en la capital de Cubita Libre.

¿Saben ustedes dónde es?—Pues allí mismo.

Voy á copiar unos parrafitos de *El Mambi*, y perdonen ustedes el modo de señalar:

“Para hacer la guerra, dice, no se necesitan ejércitos, sino buenos patriotas que descarguen su fusil sobre el pecho del español, y le maten con el machete, y si nos llegasen á faltar el machete y el fusil, harémos uso del cuchillo, del puñal y del veneno; para exterminar á los españoles todos los medios son buenos, pues no merece el dictado de crimen nada que se haga en contra de ellos: matar, matar; esa debe sea nuestra divisa.”

Vayamos cogiéndonos de las manos y todos en fila marchemos directamente al cementerio.

—Tan... tan (llamando á la puerta): señor sepulturero; por cuánto nos entierra usted á todos, flacos y gordos?—Nos damos por muertos: *El Mambi* lo dispuso, y se acabó.

Ea, señores, hasta la otra vida!

A don Pascual de Riesgo le han dado la placa del mérito militar.

Ah! con que don Pascual de Riesgo tiene mérito militar?

Me alegro saberlo, porque lo que es mérito literario no tiene ninguno.

Sépalo usted!

—La fortuna es una polla muy bonita, pero que dá muchas calabazas.

—El amor y el interés son dos extremos que se confunden por el matrimonio.

—No hay muchacha más fea á los ojos del soberbio magnate, que la miseria de los pobres.

—El ateo niega estúpidamente la idea de Dios y se deifica él mismo.

—El amor es una preocupacion social.

—La mujer es el demonio que más se parece al ángel.

—La constancia es una prenda que sienta muy bien á las jóvenes enamoradas.

—La armonía es el sentido comun del ruido.

Y el que no piense como yo, que levante el dedo; y después.... que lo vuelva á bajar.

Hay cosas que parecen hechas á mano, segun lo primorosas.

El duque de Aumale ha sido nombrado gobernador de Argel.

El duque de Aumale es sordo como una tápia.

Ya saben ustedes cómo andan los asuntos en la Argelia; allí todo Dios la emprende á trastazos y se entiende á mojoncitos.

Pero el nuevo gobernador vá á arreglar ese cotarro; verán ustedes como le escribe á la Asamblea nacional:

“Desde que felizmente puse los piés en esta belicosa tierra, he tenido la dulce satisfaccion de no oír un sólo tiro....” Y tendrá razon, muchísima razon.

El Mambi asegura que mientras quede un sólo miembro de la insurrección, hay insurrección.

Me gustaría ver un sólo insurrecto componiendo la república, el gobierno, el pueblo y todo.

¡Qué acuerdo tan maravilloso habrá siempre entre el que manda y el que obedece!

Señores, si llega ese caso, pido que ese mambi solitario y único en su especie sea Bramosio; porque con su gordura llena un país: con él sólo, Cubita Libre tendría plétora de población.

No hay en el mundo beneficios comparables con los de la paz; ni los de la Patti.

El 15 del corriente vá á ser desarmada la guardia nacional francesa en las ciudades del Sur, y el gobierno de Mr. Thiers, deseoso de llevar esta medida á efecto de una manera pacífica, ordena la concentracion de tropas allí donde la paz debe reinar de orden superior.

Así me gusta: hasta para arreglar las cuestiones á balazos se necesita cierta tranquilidad.

Lo cortés no quita lo valiente.

Cuentan de un *mambi* que un día tan roto y súcio se hallaba, que á todo el mundo enseñaba lo que enseñar no debía. —¿Habrá un *patriota*, decía, con ménos ropa que yo?— Y cuando el rostro volvió halló la respuesta, viendo que otro *mambi* iba corriendo cual su madre lo parió.

Oído á la caja,

Juan María Reyes se ha casado.

¡Pobre mujer!

Los grotescos conspiradores de Cayo-Hueso murmuraban, porque el flamante juez de paz, abofeteado por Castañon, les imponía muchas multas. Los murmuradores llegaron á decir que Reyes era el primero que faltaba á las leyes del país por vivir con una concubina.

¡Ruborícese usted, don Judas!

Reyes, escamado con tantas habladurías, se casó con la mujer de marras ante el Clerk el 25 de Agosto, y se quedó tan satisfecho.

Pero los murmuradores, que no pueden estar ociosos, se entretienen ahora en propalar que Reyes tiene en la Habana su verdadera esposa, con dos hijos, en la mayor miseria.

Ya se irá convenciendo el *ciudadano* Reyes de que es más fácil recibir un bofetón que tapar la boca á la maledicencia.

Nota aclaratoria.—La nueva mujer de Reyes tiene 50 años y es el verdadero tipo de una bruja.

¡Esposa verdadera y primitiva de Reyes, estás vengada!

Pues, señor, ya saben los italianos á qué atenerse en la cuestion de Roma.

El emperador alemán y el idem austriaco han acordado formalmente que el problema italiano toca resolverlo á Italia exclusivamente.

Cualquiera se atrevería á pensar lo mismo que estos dos señores, porque, es natural, más vale el loco en su casa que el cuerdo en la ajena.

Pero no hay tal; los negocios de Italia deben ventilarse en Prusia, nacion que acaba de recibir en París los seductores toques de la última moda.

Ahora, que la longanimidad del viejo Guillermo sea tan grande que permita á los italianos arreglar ellos mismos sus asuntos, hasta perdonarles la vida, es cosa diferente.

No hay tu tía: la Providencia que hoy se usa gasta casco prusiano y tiene pelos.

JUAN PALOMO habló ya de la procesion celebrada por los emigrados *cursis* de Cayo-Hueso, para celebrar el desembarco de la expedicion del *Virginus*.

Un amigo, testigo del hecho, le dá ahora más detalles de aquella mascarada.

Oiganlo ustedes:

Rompian la marcha una docena entre negros y negras, americanos completamente borrachos.

Seguia una bandera americana, después una banda de música, compuesta de ocho negros, que hacian dos meses estaban ensayando para *exhibirse* en la primera ocasion.

Iban detrás dos estandartes cubanos llevados por dos emigrados súcios y asquerosos, que fumaban sin cesar en la carrera gruesos tabacos, y cuyos modales pertenecen á los de cierto gremio de la calle de Lamparilla. Las cuatro borlas de esos estandartes las llevaban cuatro niñas mulatas.

Cerraban la marcha doce banderitas más, y presidia el cotarro el indispensable Reyes, seguido de unos treinta tabaqueros.

Todo esto remojado con muchos vivos y mucho *brandy* (tomado al crédito, por supuesto).

Un *yankée* que presenciaba la funcion con la risa en los labios, le preguntó á un español que tenia á su lado:

—Diga usted; y Cubita se hace libre con los gritos de esta gente?

Para celebrar una expedicion de borricos, me parece que no ha podido hacerse nada que fuera más propio.

Se dice....

Pero, cuidado, que no soy yo el que lo digo, porque la cosa es seria.

Pues se dice y es ya un hecho que se vá acreditando en las

estupefactas conciencias de los mortales, que los emperadores de Alemania y Austria han viajado juntos en un mismo wagon.

Digo, ¡dos grandes emperadores acondicionados en un mezuquino coche, en el que apenas cabrian doscientos de sus súbditos!

Y no hay duda; esto pasó en la estacion de Wall-au-Wats, con que ya ustedes ven que las señas son mortales.

Hay que ir pensando en las trascendentales consecuencias de esas estrecheces.

Verá usted el diablo!

El pudor haitiano se halla alarmado, soliviantado, resentido; está que revienta.

Esto puede llevarnos á una cuestion intrincada.... no es esta la palabra; laberintica.... tampoco; oscura.... eso es, oscura, del color del carbon.

Porque no hay que dudarlo, los señores haitianos tienen tambien su negra honrilla.

¡Vaya si la tienen!

Y bien negra, por cierto.

Parió la mujer del Terso, y quiero decirlo en verso.

Ella dice muy contenta, que si no pare, revienta.

Dió á luz doña Margarita una niña muy bonita.

Fruto real y oportuno del año setenta y uno.

Al momento que nació á dos carrillos mamó.

La Côte, bonete en mano, felicita al soberano.

Conmovido Carlos siete, compra á la niña un bonete.

Pues que corona ha de usar, por algo se ha de empezar.

Dice todo el universo que una hija le salió al Terso.

Pero yo respondo aquí: ¿y qué me cuenta usted á mí?

Un periódico madrileño nos cuenta una historia morrocotuda del partido carlista.

¡Huy, huy, huy, qué partido tan retrechero!

Dice que Carlos VII fué en Junio de 1869 á buscar personalmente á Cabrera, que estaba en Baden-Baden. Una vez allí, le instó á que tomase la direccion del partido, á lo cual se negó el viejo tigre del Maestrazgo.

La conferencia se celebraba al aire libre, y don Carlos lo escuchaba todo mecándose en un columpio colgado de dos árboles.

Tan enérgicas eran las negativas de Cabrera, que el niño terso no pudo contenerse y exclamó:

—“Yo fusilaré á este orgulloso viejo tan pronto como entremos en España.”

¡Horror! Esto es capaz de dar un susto al miedo!

Pues hay más: dicen que los amigos de Cabrera han visto un prensa-papeles que este tiene en su mesa de escribir. El prensa-papeles está hecho de un trozo de madera cortado del árbol en que don Carlos se columpiaba cuando pronunció la sentencia de muerte contra Cabrera. Es invencion y regalo de la esposa de este, quien aborrece cordialmente á don Carlos. Esta señora hizo engastar la madera en un corazon de plata, y perfeccionó la obra, mandando grabar en el centro del corazon el siguiente versículo de la Biblia:

“Libra, Señor, á mi bien amado, de las mordeduras de un perro rabioso.”

Y San Pedro, que lo supo.... compró tres libras.

Basta de matemáticas.

Karl Max, el papá de *La Internacional*, avergonzado de las razonadas picardías que á coro le hemos dicho toda la gente honrada, resolvió morirse, y se murió al fin.

Por mucha que sea mi piedad, por grande que quiera suponer el tardío arrepentimiento del furibundo demagogo, no puedo creer otra cosa sino que á esta fecha debe hallarse en infusion en la caldera de Pedro Botero.

¡Aprended y escarmentad, oh jóvenes inexpertos!

La Internacional ha quedado huérfana, desamparada, expuesta á los peligros de la juventud.....

Verá usted como al fin vamos á tener que iniciar una suscripcion para comprarle el luto.